



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 40.—Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Octubre 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

1. ^a EDICION.—DE LUJO Ó COMPLETA.		2. ^a EDICION.—ECONÓMICA.		3. ^a EDICION.		4. ^a EDICION.—ESPECIAL PARA MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.		ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 36,00 ptas.	Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.	Un año... 13,00 pesetas.		Un año... 27,00 ptas.	Un año... 29,00 ptas.
Seis meses... 15,50 »	Seis meses... 18,50 »	Seis meses... 9,50 »	Seis meses... 11,50 »	Seis meses... 7,00 »		Seis meses... 14,50 »	Seis meses... 15,50 »
Tres meses... 8,00 »	Tres meses... 9,50 »	Tres meses... 5,00 »	Tres meses... 6,00 »	Tres meses... 3,50 »		Tres meses... 7,00 »	Tres meses... 8,00 »
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »		Un mes... 2,50 »	

Los precios de suscripción en CUBA, PUERTO-RICO y demás puntos de América los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en España, con sólo el aumento de 10 por 100, en razon al mayor coste de franqueo.

Agentes generales.—MONTEVIDEO: Sres. A. Barreiro y C.^a—BUENOS AIRES: D. Jacobo Peuser.—CHILE y PERÚ: D. Julio Real y Prado.

SUMARIO.

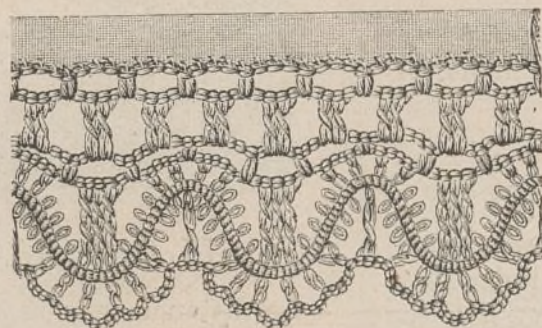
Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Paletot de entretiempo.—Delantales bordados.—Vestido y paletot para niña.—Guantes para salon.—Vestido con plegados.—Vestido con paletot figurado.—Corsé-justillo para jovencia.—Adornos para ropa blanca.—Puntilla de punto para colchas.—Varias puntillas de cinta y crochet.—Cenefa para cuellos y puños.—ngulos bordados para cuellos.—Iniciales bordadas para ropa de mesa.—Toallas ricas.—Almohada bordada.—Liga bordada en paño.—Canastilla con cubierta.—Cuadro de malla guipure.—Cartera de escritorio.—LIBRATURA.—El castillo de Chambord, por Florencio Janer.—A. S. M. el Rey al visitar a Galicia, poesia por Emilia Calé l'orres de Quintero.—Poesia, por Sañudo Autran.—Méran, diario de una joven enferma, por Paul Heyse, traducida por la señorita Doña Elena Carrada.—Una historia triste, por Salvador María Fabregues.—El hino en Madrid, por Francisco Guerrero García.—Bibliografía, por Nicasio Perez.—Variedades.—Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

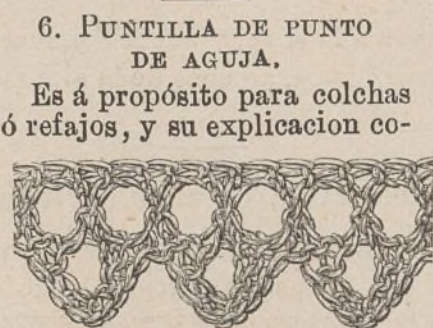
1 Y 2. PUNTILLA DE CROCHET.

La primera, de trencilla y crochet, la presenta el grabado con absoluta claridad, debiendo principiarse por la parte interior de las ondas, que se forman con la trencilla Cluny alternando barras triples y puntos dobles; tres vueltas encima de crochet y otra al borde exterior de las ondas.

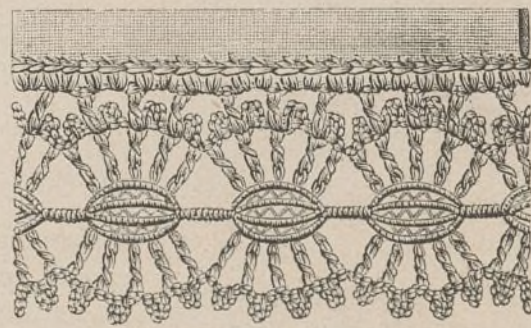
La segunda lleva el centro ocupado por una cinta de medallones, y sólo advertiremos en ella que la vuelta de barras que orilla los dos bordes de la cinta y los picots que forman onditas, se hace todo en la misma vuelta.



1. Puntilla de crochet y trencilla.



2. Puntilla de punto de aguja.

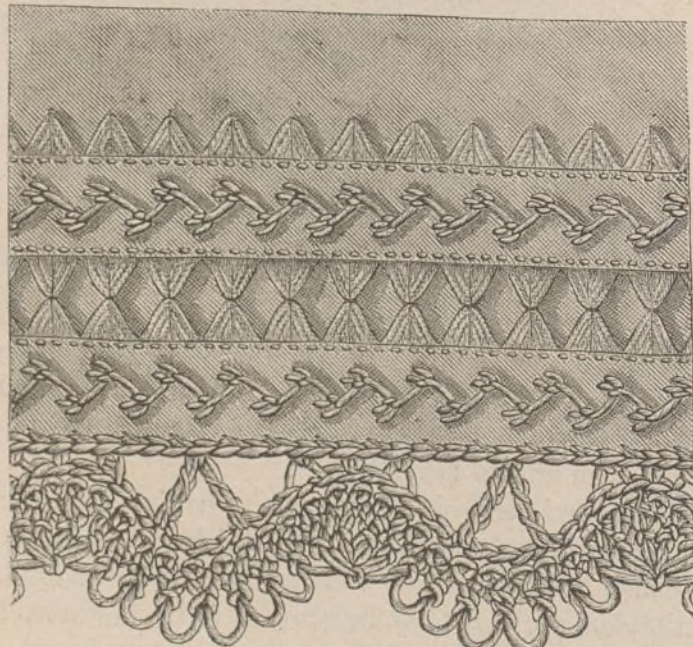


3. Puntilla de cinta y crochet.

3. PUNTILLA DE PUNTO DE AGUJA.

Se ponen cuatro puntos en la aguja.

- 1.^a vuelta.—Dos lisos, dos trabillas, dos lisos.
- 2.^a Tres lisos, uno del reves, dos lisos.
- 3.^a Seis lisos.

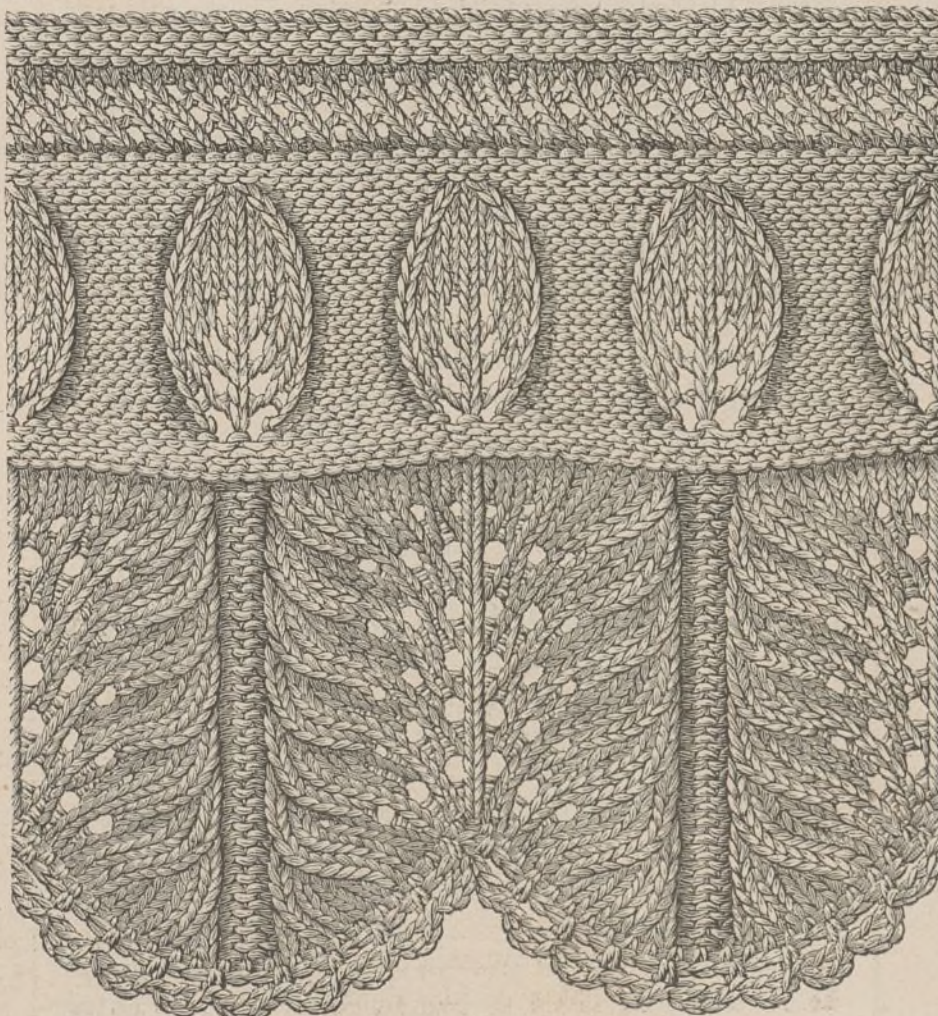


4. Adorno para ropa blanca.

- 4.^a Como la tercera.
- 5.^a Dos lisos, dos trabillas, un menguado, dos trabillas, dos lisos.
- 6.^a Tres lisos, uno del reves, dos lisos, uno del reves, dos lisos.
- 7.^a Nueve lisos.
- 8.^a Cinco sobrecargados, tres lisos, y se repite desde la primera vuelta.

4 Y 5. ADORNOS PARA ROPA BLANCA.

Ambas cenefas son fáciles de ejecutar, y nuestros grabados las presentan de tamaño natural, pudiendo hacerlas en blanco ó color crudo para delantales de niño. La primera lleva un bordado blanco á punto ruso si la tela es de color, ó de color si es blanca, y una puntilla hecha de crochet de horquilla. La segunda es para tela blanca con los biesses blancos ó de color y el bordado á punto ruso: un plegado de nanzouk con puntilla de imitacion de Valenciennes la termina.



5. Puntilla de punto para colchas.

mo sigue: se ponen en la aguja veintin puntos para cada onda, porque se ejecuta á lo largo yendo y viniendo en toda la extension de la puntilla.

1.^a vuelta.—Tres del reves, tres lisos, un menguado, y despues se hace ocho veces una trabilla, uno liso, un menguado de dos puntos cruzados, tres lisos, y se repite todo.

2.^a Dos del reves, un menguado de dos puntos cruzados al reves, tres lisos y se repite todo hasta el fin de la vuelta, lo que se tendrá dicho para todas.

3.^a Tres del reves, uno liso, un menguado, diez y seis lisos, un menguado de dos puntos cruzados, uno liso.

4.^a Un menguado de dos puntos cruzados al reves, diez y seis lisos, un menguado de dos puntos cruzados al reves, tres lisos.

5.^a Despues de repetir cinco veces estas cuatro vueltas, se hacen dos del derecho, uno del reves y uno del derecho, y en la siguiente se comienzan las hojas sobre un fondo hecho siempre del reves, en esta forma:

1.^a vuelta.—Una trabilla, uno liso, una trabilla, ocho del reves, y se repite hasta el fin de los puntos.

2.^a En ésta, como en todas las pares, los lisos y las trabillas se hacen del reves.

3.^a Uno liso, una trabilla, uno liso, una trabilla, uno liso, ocho del reves.

5.^a Dos lisos, una trabilla, uno liso, una trabilla, dos lisos, ocho del reves.

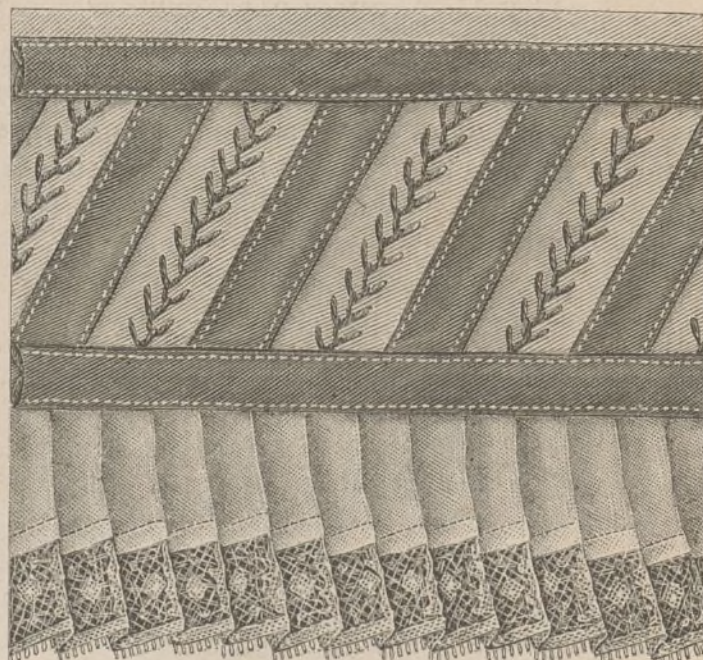
7.^a Tres lisos, una trabilla, uno liso, una trabilla, tres lisos, ocho del reves.

9.^a Un menguado de dos puntos cruzados, cinco lisos, un menguado, ocho del reves.

11. Un menguado de dos puntos cruzados, tres lisos, un menguado, ocho del reves.

13. Un menguado de dos puntos cruzados, uno liso, un menguado, ocho del reves.

15. Uno sin hacer, un menguado de dos puntos



6. Adorno para ropa blanca.

cruzados y sobrecargar el que se dejó sin hacer, ocho del reverso.

16. Del derecho.

17 y 18. Del reverso.

19. Toda ella una trabilla y un menguado de dos puntos cruzados.

20. Del reverso.

Para las tres vueltas de calados oblicuos se repiten dos veces las vueltas 19 y 20; pero en la 21 y la 23 el punto cruzado de la anterior se hace con el siguiente.

24. Toda del reverso.

25 y 26. Del derecho.

27. Del reverso.

28. Del derecho y se van sobrecargando todos los puntos.

Una vuelta de crochet termina el borde de las ondas, y para que sea más fácil la ejecución de esta puntilla se hace cada frente de la colcha separado y unido en bias en las esquinas.

7 y 8. CUBIERTA PARA EDREDON.

Malla guipure y bordado.

Este modelo ofrece, en tamaño reducido, una labor rica y elegante destinada á cubrir un edredon de seda azul ó carmesí. Los cuadros de malla, para los que se utilizarán los diferentes dibujos ofrecidos en este género, son de diez y seis puntos y pueden copiarse también del mismo modelo núm. 7; los cuadros pequeños de los ángulos tienen seis puntos, y las tiras de nanzouk ó batista que unen estos cuadros van bordadas á la inglesa y festonadas alrededor con el borde de la malla. El número 8 ofrece muestra de las tiras que rodean el mosaico y van bordadas y caladas, constituyendo con un entredos y puntilla de malla las cenefas del edredon.

9. CENEFA PARA CUELLOS Y PUÑOS.

Unas randas caladas en la tela y unos lunares con algodón de color forman el adorno que presenta este modelo, y se utilizará para juegos de cuellos de mañana.

10 y 11. INICIALES PARA ROPA DE MESA.

Los bordados á la cruz sin reverso ni derecho para toallas y mantelerías han traído las letras en el mismo género con algodón de color. Las que presentan estos dibujos tienen una letra de cada color y se ejecutan á lomillo sin reverso ni derecho.

12 y 13. TOALLAS BORDADAS.

La primera, cuyo dibujo ofrece el pliego de patrones por el derecho, está bordada á cadeneta en bastidor con algodón encarnado, y una cinta con letrero negro: un jaretón termina la toalla, y fleco anudado á ella de los dos colores del bordado.

La segunda, bordada á lomillo, repite dibujos ofrecidos á nuestras lectoras en los meses de Agosto y Setiembre, bordado todo con algodón de color: un encaje de aguja ó de malla lo termina.

14 á 16. ALMOHADAS.

La primera, que cierra con botones, no lleva más adorno que la misma tira de los ojales, que se festona, dejando un ojal en cada onda: una tira falsa ó añadida se fija en el otro borde para los botones.

La núm. 15, bordada á la cruz, tiene copiado el dibujo del pliego último y colocado todo alrededor de la almohada, con pequeñas borlas del mismo algodón á los ángulos: la núm. 16, de forma cuadrada á la francesa, lleva una sola cenefa en una cabecera, cuyo dibujo ofrece el número 27: letras en el mismo gusto la completan.

17 y 18. ÁNGULOS PARA CUELLOS.

La preferencia que existe por los cuellos bordados con color nos hace ofrecer estos dos modelos: el primero se ejecuta á punto de cruz con azul y encarnado en tela de cuadritos; y el segundo á punto ruso con uno ó más colores, y ejecutado el bordado en una tira aparte para mayor comodidad.

19. LIGA BORDADA EN PAÑO.

(Dibujo en el pliego de patrones por el derecho, número 30.)

Este modelo, que presenta extendido el grabado, va bordado sobre una tira de paño de 45 cents. de larga por 5 de ancha, con seda argelina azul, y el centro de la tira se corta en patas iguales para pasar una cinta de goma azul, cuyos extremos se sujetan en los broches de metal, que van adornados de una media estrella de paño bordada también.

20 y 21. DELANTALES BORDADOS.

(Dibujos para el bordado en el pliego del 18 por el reverso, figs. 58 y 59.)

El primero es de reps de seda negra con una tira por cintura y pegada á ésta cordones de pasamanería. Le adorna un rico bordado (véase pliego del 18 por el reverso, fig. 58) que se ejecuta al pasado y cadeneta con seda negra. Este lindo dibujo puede utilizarse para chales, fichús, tunicas, etc.

El segundo es un delantal de mañana, hecho en tela cruda con cenefa de tela azul bordada con soutache, y cortado en ondas el borde interior. El mismo adorno realza el plastron menos ancho. La fig. 59 del pliego del 18 de tamaño natural da el ángulo de la cenefa, que se ejecuta á punto de contorno, á punto anudado, ó al tambor: la cenefa estrecha y la cintura no llevan ningún adorno.

23. CANASTILLA CON CUBIERTA BORDADA.

(Dibujo para el bordado, pliego del 18 por el derecho, fig. 28.)

La armadura es de paja ó mimbre cubierto de laca blanca, guarnecida con seda azul y forrada con seda blanca. La cenefa, cortada según la forma de la canastilla, en paño blanco picado, está adornada con puntos largos. La fig. 28 del pliego da de tamaño natural la cuarta parte de la cenefa y la forma de la cubierta. Los puntos que forman grupos entre las ramas son alternados azul claro y rosa mate para las flores y los capullos. Los troncos y las ramas, á punto de contorno, son de seda verde amarillenta; las líneas, á cadeneta, azules. Con estas mismas ramas se formará sin dificultad la guirnalda de seda gris matizada, en medio del fondo azul que rodea las iniciales, de 6 cents. de altura, bordadas con hilo de plata.

24. MITONES PARA SALON.

(Patron: pliego por el reverso, núm. XII, figs. 57 y 23 á 26.)

En vez del miton de mañana, se lleva ahora para salón el de granadina de seda negra ó del color del traje. La figura 57 del pliego del 18 da el patron. La tela se pone al hilo, á lo largo de la abertura de costado; las costuras de 23 á 24, 25 á 26, se hacen á medio pespunte, reforzadas por dentro con un punto cruzado. La parte superior está abierta hasta el puño, y los dos costados sostenidos por una tira de un centímetro de ancho, cerrada con botones. Tres entredoses de encaje de 1 1/2 cents. de ancho se pegan sobre el dorso de la mano, á lo largo de las líneas finas que se ven sobre el patron. Por abajo se guarnece con una puntilla fruncida y lazos de cinta.

27. CENEFA PARA ALMOHADA.

Está bordada á la cruz, y puede destinarse para adornar diferentes objetos, además de la almohada núms. 14 á 16.

28. CUADRO DE MALLA GUIPURE (GUIPURE ANTIGUO).

Este cuadro, de mayor tamaño que los modelos anteriores, se borda primero á zurcido, luego se rodean los motivos con punto de contorno y se termina por los arabescos trazados con hilo plata. Puede emplearse para colcha, alternado con cuadros bordados, ó como cubierta de caja, de acerico, etc.

29. CORSÉ-JUSTILLO PARA NIÑA.

(Patron: pliego del 18 por el reverso, núm. XI, figs. 48 á 56.)

Las figuras mencionadas del patron dan todos los detalles del corsé, que puede llevarse con hombrillos ó sin ellos.

Es cómodo para todas las jóvenes, é indispensable para aquellas mal conformadas, á las que obliga á mantenerse derechas.

La espalda se corta en tela doble, por la figura 50, pespunteándola á carreras regulares hasta el talle para meter las ballenas. Los costados (fig. 49) están sostenidos por dos ballenas cosidas dentro de cintas, y pegados á la espalda y el delantero, que lleva un ancho doblado para meter la ballena. Al cortar las tres partes de que se compone el corsé, es preciso observar la dirección del hilo y añadirles las nesgas del pecho y de las caderas, que están cortadas al hilo. Los hombrillos se cortan por la figura 55, añadiéndoles una tira elástica de 5 centímetros de largo y 2 de ancho, que lleva ojales metálicos por un lado, y por el otro corchetes para darles el largo que se quiera.

El grabado núm. 28 muestra cómo se pasan los hombrillos por unas patas cosidas debajo del sobaco antes de cerrarlos. Estas patas cosidas de 21 á 22 impiden

que los hombrillos suban por detrás. Los brazos están sostenidos por medio de un acero cubierto de piel y ligeramente encorvado y sujeto en el talle por una almohadilla.

El corsé es de piqué blanco guarnecido con una cinta de cutí.

30. CARTERA DE ESCRITORIO BORDADA CON PLATA.

(Dibujo del bordado: pliego del 18 por el reverso, fig. 60.)

La cartera es de terciopelo azul con chapas de plata en los ángulos. En el centro se ponen las iniciales y las fechas, bordadas con hilo de plata y circuidas de ramas de mirto, cuyo dibujo da la figura 60 del pliego del 18.

31. VESTIDO CON PLEGADOS.

Una cenefita estrecha de encaje de palillos adorna los plegados de este traje, que es de tela de Esmirna. Los de la falda tienen 8 centímetros de altura, y los de la túnica 10, comprendida la cabeza. El coquillé es asimismo de encaje. El de la túnica sube por delante, realzado con lazos que ocultan los botones y los ojales. Esta termina por detrás en dos puntas, y los delanteros van recogidos con tres tablas, por lo que es preciso dar á la túnica de 18 á 20 cents. más de largo de lo que marca el patron.

El drapeado de los paños de atrás se hace por medio de un pliegue oblicuo de 5 cents. de profundidad, y algunos otros que se disponen al probarla. Lazos de cinta de color completan el adorno.

32. VESTIDO CON PALETOT FIGURADO.

Nuestro modelo es muy elegante, componiéndose el adorno de plegados de tela clara de 7 cents. de ancho y una puntilla de encaje de palillos, el cual figura perfectamente un paletot largo abierto por delante, y cuyos contornos bajan más allá del bolsillo. Nuestro modelo es de cachemir azul oscuro con puntilla color crudo, y plegados de tafetan azul claro, siendo los lazos encarnados.

JOAQUINA BALMASADA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administración, para recibirla franca de porte.



EL CASTILLO DE CHAMBORD.

La distancia que separa Blois de Chambord es tan poco importante, que pocos son los viajeros que no ceden al deseo de visitar el castillo más hermoso de Francia.

El castillo de Chambord se levanta en medio de la Sologne; está rodeado de bosques propicios para la caza; á sus pies se desliza el Cosson, y los estanques, bosques y caseríos que dependen de él ocupan una superficie de 32 kilómetros, es decir, una extensión igual á la de la superficie de París extra-muros. El estilo de los edificios está tomado del siglo XII, y los adornos que los decoran son del género bizantino. El castillo de Chambord representa un castillo de homenaje flanqueado con cuatro gruesas torres; el terrado que corona ese castillo está ocupado por torreoncillos y cúpulas del más pintoresco efecto. En el centro del edificio se levanta una veleta de más de 33 metros de altura, que da una forma piramidal á este monumento, cuyo majestuoso conjunto es muy imponente. Un muro rectangular flanqueado por cuatro torres cierra el castillo. Este muro, falto de armonía, no hace bien al conjunto de las construcciones. La importancia del castillo de Chambord es tal, que se cuentan 365 habitaciones con chimenea y 444 ventanas. Es muy notable, en particular, una escalera de doble tramo que se cruza uno sobre otro, y ambas comunes á un mismo espigón.

«Chambord», dice Mr. Millin, es un conjunto de torres y torreoncillos elegantemente esculpidos y cargados de pequeñas piedras negras talladas en forma redonda y rombóidea, y que forman separaciones. En el centro hay ocho salas muy vastas y elevadas, y el segundo piso es abovedado. Es muy notable la escalera doble, por la

cual pueden subir y bajar dos personas á la vez sin verse. En todas partes se ve la salamandra ó la F coronada. Francisco I quería hacer pasar el Loiret por el parque. Desde ese príncipe hasta Luis XIV, los reyes han habitado con frecuencia en Chambord. Convertido despues en noble recompensa de las hazañas y talentos militares, fué dado por Luis XV al mariscal de Saxe, y por Bonaparte al mariscal Berthier. En los últimos tiempos ha sido ofrecido por la ciudad de París al duque de Burdeos, que en su destierro ha tomado el nombre de conde de Chambord.

Francisco I hizo edificar ese castillo para el primogénito: los trabajos empezaron en 1536; fueron continuados por Enrique II y algunos de sus sucesores; pero el primogénito tuvo el dolor de morir sin haber concluido su obra.—Francisco I gustaba muy particularmente de la residencia en Chambord, pues le traía á la memoria el recuerdo de sus primeros amores con la castellana de Montfrault y la condesa de Thouzy; sin embargo, su corazón no estaba siempre al abrigo de las borrascas, pues en el oratorio de este castillo trazó en un cristal con un diamante el distico siguiente:

Á menudo la mujer varía;
Loco es quien de ella se fia.

Todo cuanto creó ese príncipe se resintió del fausto de su gran alma y llevaba el sello de su inclinación á la galantería. Chambord es un ejemplo de esto mismo: existían en este magnífico y suntuoso palacio construcciones misteriosas que permitían al rey sustraerse de todas las miradas y satisfacer su pasión por Diana de Poitiers sin despertar las sospechas de la duquesa de Etampes.

FLORENCIO JANER.

Á S. M. EL REY DON ALFONSO XII,

EN SU VISITA Á GALICIA.

Llega en buen hora, sí, Rey bondadoso,
Á esta adorada y bendecida tierra,
Que ostenta como timbre el más glorioso
El valor y lealtad que avara encierra.

Llega en buen hora, sí, joven Monarca;
Que tu senda presida la fortuna
Al pisar hoy la placida comarca,
De tres Reyes Alfonsos noble cuna.

No es el pueblo, en verdad, que con riqueza
Dignas galas ofrece á tu persona;
Mas teje para darte en su pobreza,
Con lágrimas de amor otra corona.

Es la patria, al Rey fiel, donde el encono
No se albergó de fratricida lucha;
La que da más soldados á tu Trono
Y lidiar sabe si la injuria escucha.

Pacífica region, donde no impera
El poder de menguadas ambiciones;
Jamás huella rebelde tu bandera,
Sobrándole soldados y cañones.

Ella ofrece al Tesoro gran tributo
Sin que exhale una queja, resignada;
Llenando el corazón de amargo luto
El mirarla á su fuerza abandonada.

Pues huérfana parece, cual si España
Le debiera no más insulto alevé;
Que su extenso horizonte no lo empañe
El vapor del gran siglo diez y nueve.

Que halle en tí, joven Rey, hoy su esperanza,
Y tu vista su espíritu alboroce;
Que esa vía que término no alcanza,
Lleva el nombre, Señor, de Alfonso doce.

Protégela con mano generosa,
Cual ángel tutelar que el mal arredra,
Y un día en sus destinos, venturosa,
Grabar podrá tu nombre en cada piedra.

Guarda, sí, Rey amado, su memoria;
De su anhelo sé el áncora segura,
Y el faro luminoso que en su historia
Alumbra el pedestal de su ventura.

No busques en lo rudo de este canto
Bellezas ni poéticos primores;
El amor de la patria es grande y santo,
Y he querido pintarte sus dolores.

Al par reciba mi oracion ferviente,
Hoy que un himno de amor puebla el espacio,
El benévolo Rey que un día reciente
Me ha honrado al recibirme en su palacio.

Y á falta de otras joyas, como ofrenda
De esta tierra de inmensas maravillas,
Que esmalten gayas flores hoy tu senda
Y el mar borde de perlas sus orillas.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

(Coruña 3 Agosto 1877.)

POESÍA.

La existencia es vivir.... gozar viviendo;
¡La existencia es vivir....!
Penetrad en mi sér, en mi agonía,
Y morireis allí.

La dicha es un placer, es un encanto;
¡La dicha es un placer....!
Dentro mi corazón gozad la mía,
Y llorareis en él.

Es divino el amor, santo, bendito;
¡Es divino el amor....!
Quered con el delirio de mi pecho,
Y le odiareis cual yo.

P. SAÑUDO AUTRAN.

(Agosto 1877.)

MÉRAN.

DIARIO DE UNA JÓVEN ENFERMA.

ESCRITO EN FRANCÉS POR PAUL HEYSE.

TRADUCIDO

POR LA SEÑORITA E. CERRADA.

Dedicado á su hermano Federico.

Méran 5 de Octubre.

Hace ocho días que estoy aquí, y aún no he escrito una sola línea. ¡Estoy tan fatigada del viaje! Despues, yo no sé qué clase de ideas me atormentan, que las lágrimas sin cesar empañan mis ojos.

¡Ay de mí! No me ha de estar permitido llorar, al pensar que contemplo esta espléndida naturaleza, sólo para darla mi último adiós....

¿No será mejor cerrar este álbum dejando sus páginas en blanco? ¿De qué puedo llenar las más, sino de lamentos inútiles? Sin embargo, me parece será para mí un consuelo depositar en estas páginas todos los pensamientos que me inspire este último invierno que me resta que vivir. Sí, yo legaré este recuerdo á mi hermano, á mi querido y pequeño Ernesto, todavía demasiado joven para comprender lo que es la vida y lo que es la muerte, á fin de que más tarde pueda conocer á su hermana cuando ya nadie le hable de ella. Pero hasta cierto punto, ¿no será esto una locura? ¿A qué le he de legar la imagen de una pobre moribunda? Vale más que me olvide, que no grabar en su memoria este espantoso sufrimiento que me hace palidecer á mí misma cuando me contemplo en el espejo!....

El mismo día por la tarde.

He pasado dos horas asomada á la ventana: la vista se pierde en la belleza del país de Stochland, sobre la muralla de la villa, y hacia el ala de álamos y chopos que orna la calzada y la anchura de los bordes de los arroyos que riegan la hierba en la pradera, donde los chopos enfilan hasta la variedad de cadenas de montañas que cierran el horizonte.

El tiempo está en perfecta calma; distingo hasta las voces de los que pasean en el jardín de Wasermaner. Los hijos de mi huésped, que es un infeliz sastre, miraban curiosamente formados en grupo cerca de la puerta, esperando los restos de mi provision de chocolate, que he formado costumbre de distribuirles. ¡Con qué alegría corren á enseñármelo á su madre!.... Este cuadro sencillo de la vida maternal me ha serenado y calmado mi espíritu hasta el punto de preguntarme á mí misma si no tendré razon en temer mis pensamientos. ¿No he sido yo quien ha querido romper los lazos que me retenían en la casa paternal, con el fin de gozar una vez de la vida y la libertad? ¿Me debo de mostrar ahora indigna de ella? Sin duda presiento que esta dicha ha de ser muy corta; pero reflexionando bien, ¿no es una razon más para disfrutar del encanto que atrae, sin dejarme llevar del desaliento?

El huésped me ha contado que un ciudadano de Méran, que se encontraba en el vigor de su edad y que jamás había estado enfermo, ha muerto de repente esta mañana. ¿Será mi suerte más envidiable que la suya? Cierito que no es una bendición ser sorprendidos por la muerte; pero verla venir lentamente con los ojos fijos sobre la que va á ser su víctima, es horrible. Nunca tendré bastante reconocimiento que mostrar á nuestro anciano médico, ese querido y paternal amigo que no ha querido ocultarme la verdad. Ha cumplido la palabra que dió á mi madre en su lecho de muerte, de ser para mí siempre un amigo verdadero. Esta seguridad llena mi corazón de una paz profunda; solamente se escapa un suspiro de mi alma cuando recuerdo la inquietud en que estará mi padre.

Buenas noches, mi querido y pequeño Ernesto. ¿Quién te acostará y te contará historias para adormecerte?

6 de Octubre.

Al despertar esta mañana, una duda se ha deslizado en mi espíritu, que me oprime, sin que acabe de darla solución satisfactoria. ¿Cómo no he venido más pronto? Estoy persuadida de haber procedido bien. Es cierto que á nadie soy necesaria en la casa paternal, y que cada una de las miradas desdeñosas dirigidas sobre mí por mi madrastra causaban á mi padre una viva pena: por otra parte, tampoco puedo hacer nada por Ernesto, á quien ella ha decidido ponerle de pensionista en un colegio, en la idea sin duda de no verle ni tener que ocuparse más de él.

Mucho lloró mi padre al abrazarme por última vez; pero esas lágrimas habrán servido á desahogar su corazón de la pena de verme partir.... Á pesar de todo esto, ¿tendría yo aún algun deber más que cumplir? ¿O me es lícito conceptuarme incapaz para todo lo que no sea cruzarme de brazos y pasar el invierno sin hacer nada? ¿Qué derecho tengo para ser más dichosa que mi lones de otras que amenazadas como yo de una muerte próxima, luchan sin descanso hasta su última hora?

8 de Octubre.

La defensa que mi pobre y fatigada imaginación no me sugirió anteayer, la he encontrado hoy al volver de mi primer paseo aniquilada, como despues de pasar un día entregada á los trabajos más penosos.

No, yo ya no estoy más que para recibir el pan de la caridad; y si esta certeza no se me hace dulce y llevadera, no debo reprocharme tampoco. ¿Por ventura me contento yo con más felicidad que muchas otras? Despues, si yo no soy útil á nadie, ¿á quién sirvo de carga?

Mi corta herencia maternal me permite vivir sin tener que trabajar, aunque no será por largo tiempo; siento que mis fuerzas se agotan y el último invierno de mi existencia será cortado en su mitad. Ya no me será posible ver esos álamos blancos, ni pasearme á sus sombras, en donde me es sensible encontrarme á lo mejor con esos enfermos del pecho que se pasean á lentos pasos, tosiendo y comiendo racimos de uvas que parecen traerles un rayo de esperanza. ¿En qué consiste que á pesar de la enfermedad comun que debia aproximarnos, yo no siento por ellos ninguna simpatía? Aún los mismos cuyo semblante expresa menos sufrimiento me atraen hasta ahora.

No he reconocido uno sólo á quien haya querido hablar de mi firme resignación; probablemente me hubieran tomado por una loca en pleno delirio; aunque esta falta de resignación, la verdad, no consiste en ellos. Quizas temería yo más la muerte si hubiese amado más la vida. Pocas personas pueden comprender la impresion de calma y grandeza que esta naturaleza produce sobre una pobre alma que durante veintidos años no salió jamás del estrecho recinto de una pequeña poblacion campesina, monótona y algun tanto grosera. ¡Hoy que tanto se viaja!.... Yo hubiera salido ántes de aquella triste residencia, si la muerte de mi madre no me hubiese impuesto el deber de reemplazarla cerca de Ernesto.

Este maravilloso valle me parece un paraíso, un verdadero jardín de Dios; el aire que se respira es puro, vivificante, que ensancha mi pecho y da alas á mi alma. Es lástima que mi cuerpo no tenga más fuerza para permitirme subir sin trabajo la estrecha escalera de esta casa. Mas ¿qué necesidad tengo de salir? Desde la ventana descubro una espléndida vista.

Los posaderos son muy pobres; el marido trabaja desde la mañana á la noche, y su mujer está siempre sobrecargada de labor, con lo que ayuda á la manutención de sus numerosos niños.

La entrada de la casa, con su portal húmedo y sucio y sus escalones en desorden, me angustian de tal manera, que tengo que pararme muchas veces; la habitación es sombría y poco confortable; y al golpe de vista que teniendo á este pequeño cuarto y su ventana, siento que debe ser mi última morada entre los vivos. El buró con sus tiradores y adornos de latón me recuerda el que estaba en el cuarto de mi madre, lo mismo que el sillón, que no es ni ménos alto ni ménos incómodo que el suyo. En el sitio en que habia dos malos y groseros grabados, he colgado los retratos de mi familia: de este modo me parece que habito aquí hace tiempo.

Mi padre me acaba de mandar mis libros; así nada me falta: tambien recibo carta suya dándome excelentes consejos sobre la necesidad de reconciliarse con lo inevitable. Luego siguen unas líneas de Ernesto, en que me dice que está muy contento en el colegio con sus nuevos compañeros; y al final de la carta, mi madrastra... me envía sus afectos... por lo ménos en escrito... Probablemente mi padre me los dará sin decirle á ella nada...

Yo tambien deseo escribirles; pero lo haria con más gusto, si tuviese la seguridad de que mis cartas les serán entregadas sin demora!...

Día 10.

¡Qué gentes tan importunas hay en el mundo!...

Estaba yo sentada y ocupada en leer gozando de la brisa de la tarde, que conserva aquí una suavidad agradable, aun horas despues que el sol se oculta tras la montaña de Marlinger, cuando oigo llamar á la puerta...

Entrad, dije,

con cierto

terror,

pues era

extraño

llamasen á

aquellas

horas á mi

puerta;

ésta se

abrió de

pronto,

dando pa-

so á una

señora pe-

queña y

gruesa, que era para mí desconocida,

la que despedía fuerte olor á esencias.

Calurosamente me dijo que deseaba

serme útil; que me habia visto en

Wassermaner; que sintiendo una viva

simpatía por mí que le parecia enfer-

ma y sola en el mundo, se habia pro-

puesto aprovechar la primer ocasion

que encontrase para ofrecirme sus

servicios.

—Sabed, querida mia, me dijo, que

tengo cincuenta y nueve años, tal co-

mo me veis, y, salvo las enfermeda-

des naturales en la infancia, yo nun-

ca estuve enferma. Mis dos hijos y

mis tres hijas gozan de una perfecta

salud, estando todos establecidos y

casados.

En buena hora he contraido el

gusto de acudir en socorro de los po-

bres enfermos, dividiéndome en cui-

darlos y asistir á los moribundos.

Como dicen en mi casa, tengo una

verdadera pasion, y mi digno mari-

do me llama siempre la *breve cari-*

dad. Vos no podeis encontrar mejor

guarda que yo; pertenezco á una ge-

neracion que ignora lo que son ner-

vios: así es que resisto diez noches

sin cerrar los ojos, pudiendo asistir

á las más dolorosas operaciones sin sentir la menor debi-

lidad. Precisamente vengo de acompañar aquí cerca á

una de mis amigas que no vivirá mucho; así que la infeliz

haya muerto, tendré más libertad. Si vos necesitais

consejos, cuidados ó asistencia, dirigios á mí; en ello

tendré mucho gusto. Ahora debeis comprender que no

he de permitirlos pasar los dias en la soledad; yo vendré algunos ratos con mis amigas de confianza. Aunque al pronto juzgueis os tiranizo un poco, será por vuestro bien. Sabed que conozco las enfermedades nerviosas mejor que el más hábil doctor. A propósito, ¿qué médico consultais aquí?

—A ninguno, le contesté; estoy convencida de que tengo un padecimiento incurable.

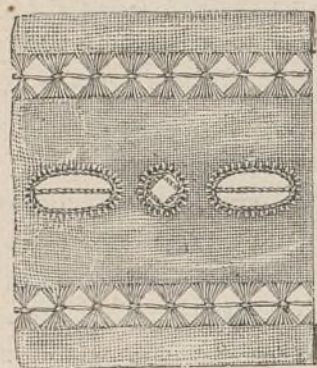
Como ella moviese la cabeza en ademan de duda, saqué de mi bolsillo una hoja de papel en la que mi viejo doctor me ha reseñado el estado irremediable de mis pulmones. Despues que lo examinó como persona experta; querida mia, me dijo, todo esto no significa nada. Conozco

á los médicos, que en general son menos sabios de lo que creen. Yo apostaria á que vuestro organismo se encuentra en muy distinto estado del que os lo presentan en ese papel.

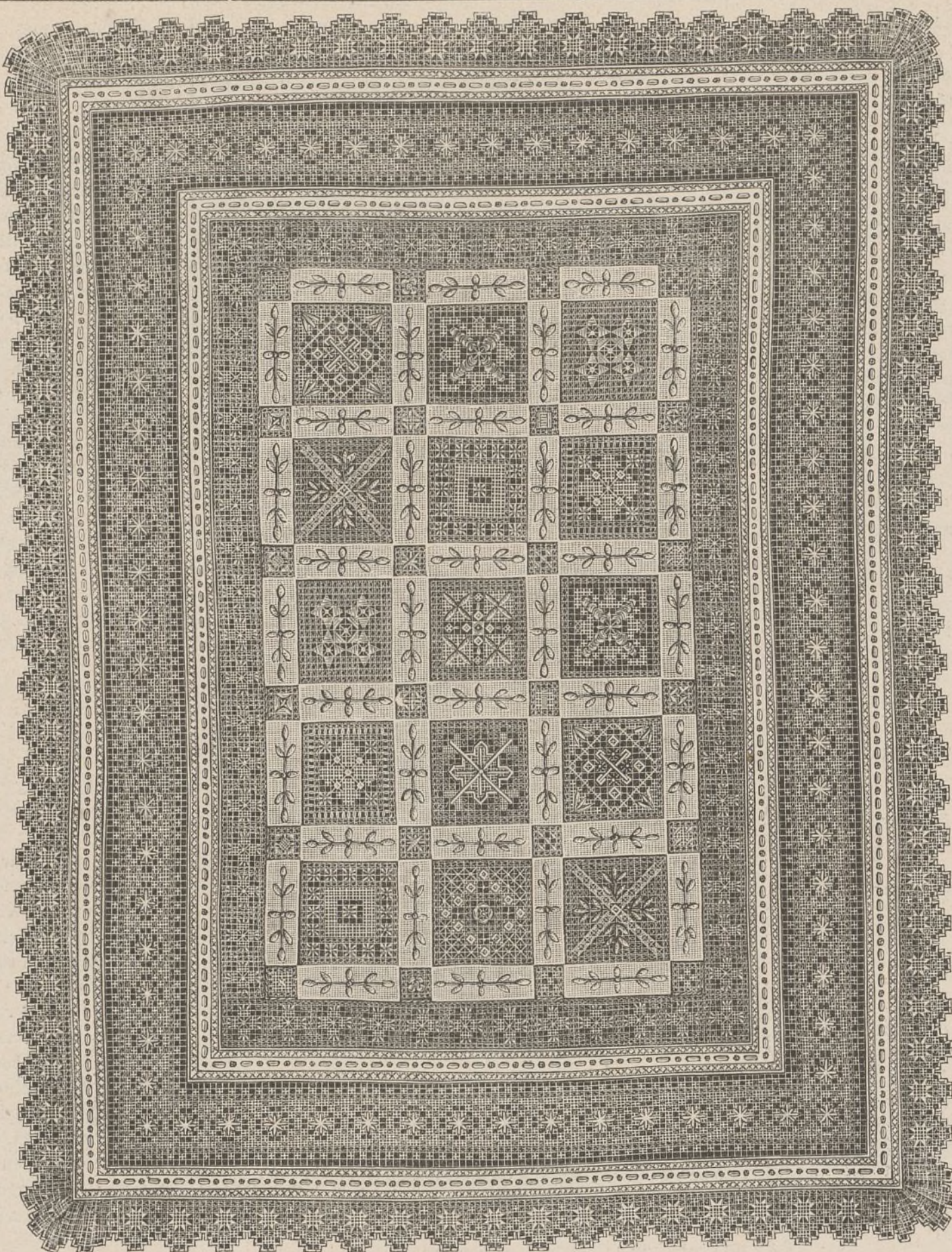
Y sin darme tiempo á contestarla, se me puso á hacer con suma volubilidad la descripcion de todos los enfermos que ella habia curado á despecho de los médicos.

Yo me sentia desfallecer, y la rogué se callase.

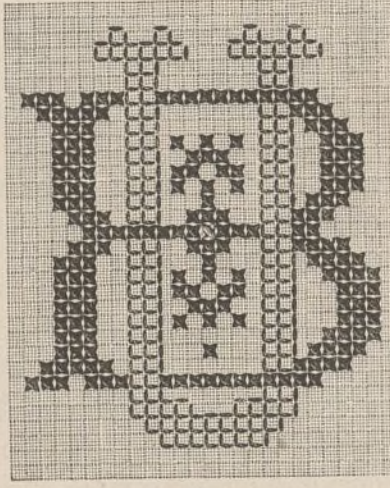
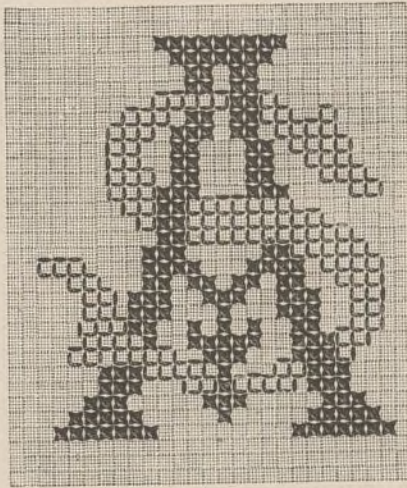
Se levantó en ademan de abrazarme, y pareció ofenderse porque no le alargué más que la punta de los dedos, apresurándose á salir, no sin haberme ofrecido volver á verme pronto.



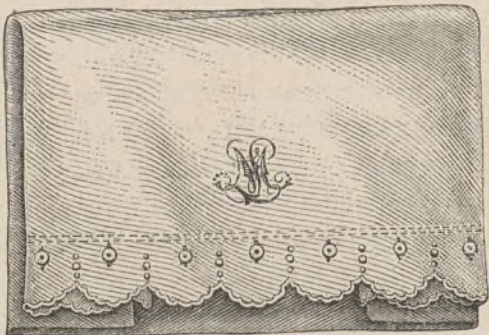
8. Intredós para el edredon num. 7.



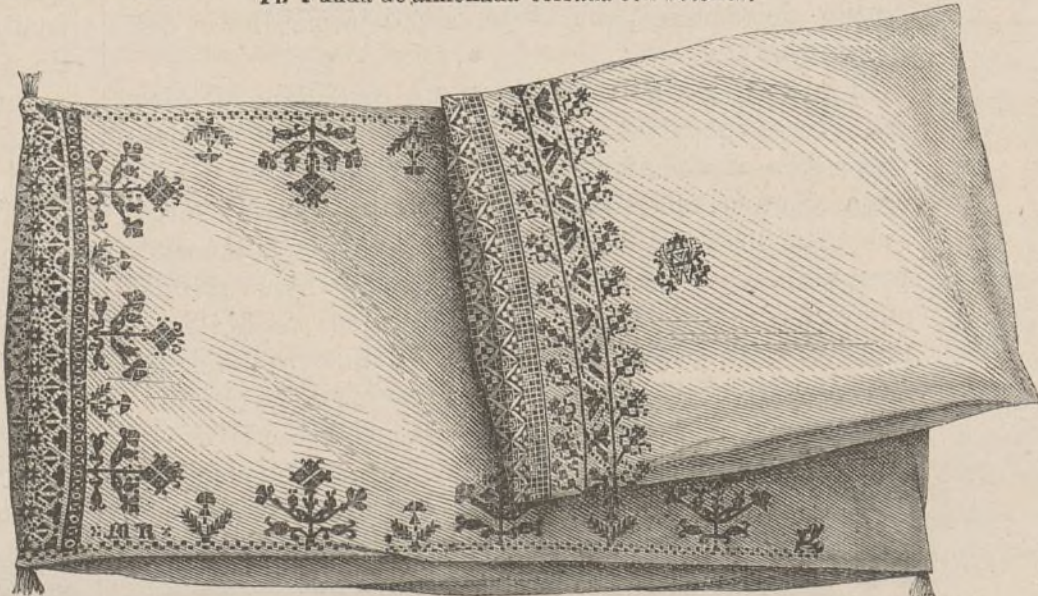
7. Edredon de malla guipure y bordado. (Véase el núm. 8.)



10 y 11. Iniciales para ropa de mesa ó toallas.



14. Funda de almohada cerrada con botones.



12 y 13. Almohada bordada (Véase el núm. 27)

Despues de su partida permaneci una media hora con los ojos cerrados para calmar la agitacion fibrosa que me habia producido el fuerte olor de éter que habia esparcido en mi cuarto, el cual aun me hacia ver las miradas de fria simpatía y el aire de satisfaccion impreso en la gruesa cara de esta amiga de la humanidad.

Lo que me consuela es pensar que me he desembarazado de su compañía, á lo menos por hoy.

¿De qué puede servirnos el inter-

res que nos

muestran

nuestros

semejantes!

La compa-

sion de los

que nos

aman nos

hace daño

porque sa-

bemos la

pena que les

causamos;

y el interes

de los que

nos son in-

diferentes

no nos produce ningun bien.

Yo he leído en Lessing que el miserable sólo ayuda al miserable. Pero ¿pueden darse los mendigos mutuamente limosna?

Hoy 9 por la noche.

Hoy hice una porcion de cosas, despues de la mala noche que he pasado, pues durante ella me ha perseguido sin cesar la voz cavernosa de la señora del *corazon hospitalario*, y en mis ensueños sólo veia los dos bucles de cabellos rubios que caian sobre sus mejillas, despertándome toda bañada en sudor.

A pesar de esto, he logrado vencer mi fatiga; una taza de café ha contribuido á calmar mi espíritu y olvidar á la señora caritativa.

El tiempo estabamagnifico, y me resolví á salir.

Por la primera vez he comprendido lo que es el sol. En el Norte, verdaderamente no vemos más que una pálida copia de bronce dorado, en tanto que aquí es puro oro de una claridad incomparable. Crué las calles frescas y sombrías, en

las que pruebo siempre á respirar sin dificultad: llegué hasta la pequeña plaza delante de la antigua iglesia. La plaza presentaba un golpe de vista negro y encarnado, efecto de los trajes de dia de fiesta de los campesinos de las cercanías, compuesto de unas chaquetas negras guardnecidas de grana y sombreros de anchas alas adornados de plumas.

Celebraban una de las innumerables fiestas de costumbre. Todos hablaban reunidos en grupos, por lo que naturalmente ninguno fijó su atencion en la enferma desconocida. Antes de mezclarme entre aquella muchedumbre rústica, preferí pasar por delan-

te de la iglesia, en donde se encontraban muchos ancianos tendidos y abandonados, cuyo aspecto me inspiró serios pensamientos. Tomé la angosta callejuela que desemboca en el valle, yendo á sentarme sobre una piedra en el bajo de un pendiente sendero por el que se sube al monte Melberge, viend-

do á poca distancia las ruinas del castillo de Zeno, situadas sobre una roca que domina el valle. Quise ensayar si mis fuerzas me permitian llegar hasta allí. El camino es bastante ancho, pero muy malo, por lo que me vi precisada á volverme á sentar de nuevo. Todo á mi alrededor respiraba calma; no se oía más que el murmullo de las aguas del vado que corrian por bajo de donde yo me encontraba, tan pronto limpias y azuladas á través de los planteles y viñedos, como bullentes de blanca espuma bajo



13. Toalla bordada.



453 11 87

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2^a. II Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



17. Angulo para cuello.

las ruinas de
Yo no fui
lar la inqu
puso esta a
bres echó á
—No teng
rita; yo no
guarda que
castillo. Os
alto y pens
para com
krentzer (mo
Yo me ap
un *silber-g*
dome para a
causaba cie
vista de un
(cosa muy
le humaniz
queria que m
chando á m
me de barr
zapatos. No
aceptar su



25. Vestido
(Véase el número
pliego del 13
figs. 9 á 11)

maleza y e
penden se
que mece
bajo de los
Mi guía m
jos castill
chlhal, ig
cimas de
yo le escu
yerba, y e
En aqu
nas de las
el campes
pipa, y h
cruz rezó
campanas
hombre r
piró algu
preguntá
alguna co
Le res
sentia m
emprende
palabra
largos p
están situ
reciendo
tos despi
que me
leche, p
el guarda
mí, pues

los arcos del puente. Algunos aldeanos descendían del Kuchelverg con sus carros tirados por un par de grandes bueyes parduscos.

Absorbida en mis recuerdos, caí en una especie de somnolencia, de la que me sacó de repente una sensación fría y húmeda que se posó sobre mi mano. Era el hocico de un perro grande que estaba parado delante de mí, juntamente con su amo, hombre barbudo, con los cabellos en desorden, que caían sobre su frente y espaldas. Se apoyaba sobre una podadera, y su sombrero, adornado de plu-

mas de gallo, astas de ciervo y forrado de pieles, le prestaba el aspecto más extraño. Se podía haber creído que era un espectro salido de

las ruinas del viejo castillo.

Yo no fui dueña de disimular la inquietud en que me puso esta aparición; el hombre echó á reír al observarlo.

—No tengais miedo, señorita; yo no soy más que un guarda que cuida las viñas del castillo. Os he visto desde lo alto y pensé venir á pedirlos, para comprar tabaco, un kreutzer (moneda).

Yo me apresuré á alargarle un *silber-groschen*, levantándome para alejarme, porque me causaba cierto terror; pero la vista de una moneda blanca (cosa muy rara en este país) le humanizó, ofreciéndome si quería que me acompañase marchando á mi lado, salpicándome de barro con sus gruesos zapatos. No pude menos de aceptar su compañía, que en efecto me era necesaria, y sin la cual me hubiera sido imposible llegar á las ruinas. El pobre hombre se granjeó bien pronto mi simpatía por la discreta moderación con que me preguntó y la entera confianza que me muestra al hablarme de sus asuntos.

20. Delantal bordado (Dibujo para el bordado: pliegue del 18 por el revers, fig. 58.)



25. Vestido y paletot para niña. (Véase el núm. 26.) Patron y explicación: pliegue del 18, por el derecho, núm. III, figs. 9 á 14, y núm. IV, figs. 15 á 20.

maleza y espesas plantas silvestres penden sobre el precipicio, las que mece la brisa que pasa por bajo de los innumerables peñascos. Mi guía me nombró todos los viejos castillos, las aldeas del Ete-chihhal, igualmente que las altas cimas de las cercanías, mientras yo le escuchaba sentada sobre la yerba, y el perro cerca de mí.

En aquel momento las campanas de las iglesias dieron las doce; el campesino retiró de su boca la pipa, y haciendo la señal de la cruz rezó en voz baja. Cuando las campanas dejaron de oírse, el hombre recogió su sombrero y aspiró algunas bocanadas de su pipa, preguntándome si deseaba comer alguna cosa.

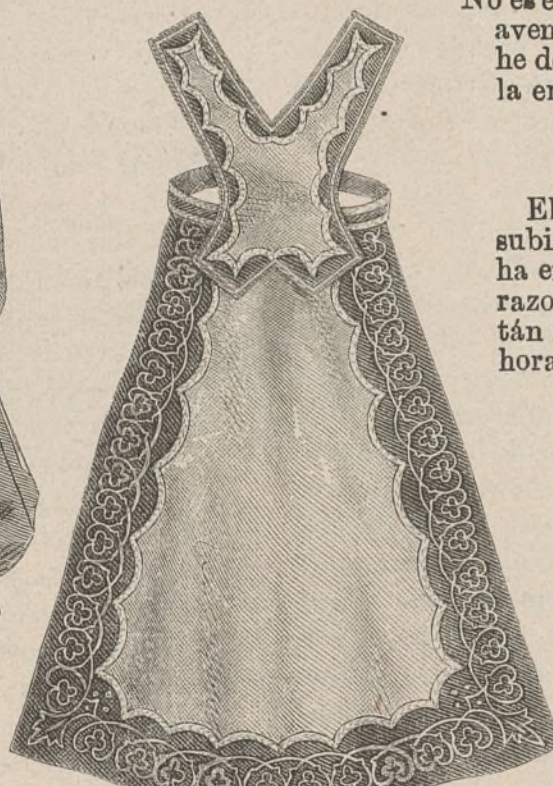
Le respondí que sí, pues me sentía muy débil para volver á emprender mi vuelta. Sin decir palabra el aldeano descendió á largos pasos de la cima en que están situadas las ruinas, desapareciendo de mi vista. Diez minutos despues llegó una jovencita que me traía una escudilla de leche, pan y un pedazo de torta; el guarda se lo había pedido para mí, pues él tenía que hacer en las



19. Liga bordada en paño.



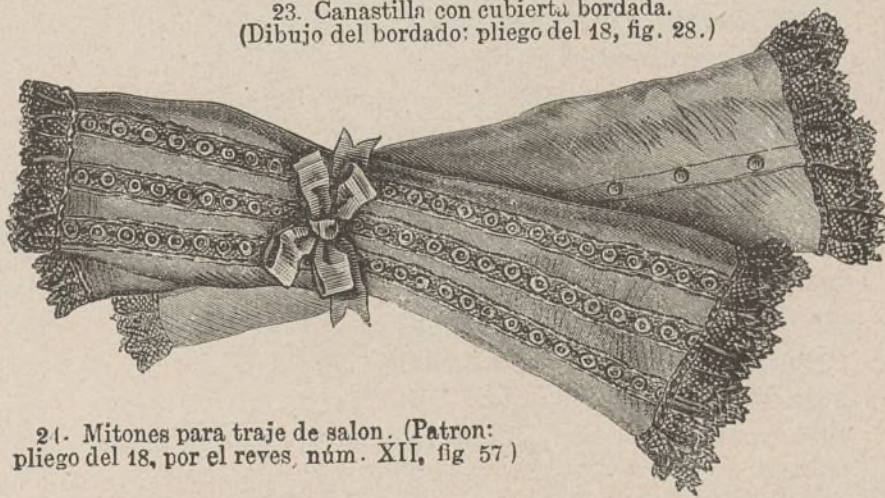
22. Espalda del paletot núm. 40 de EL CORREO anterior.



21. Delantal bordado. (Dibujo para el bordado: pliegue del 18 por revers, fig. 59.)



23. Canastilla con cubierta bordada. (Dibujo del bordado: pliegue del 18, fig. 28.)



24. Mitones para traje de salón. (Patron: pliegue del 18, por el revers, núm. XII, fig. 57.)



27. Cenefa para la almohada núm. 16.

viñas y no podía ya volver. La niña, despues de servírmelo todo, me dejó sola. La colación me pareció apetitosa y la comí con más gusto que los mejores manjares. Necesario me es confesar mi vergüenza; lo había comido todo, y sólo la escudilla me restaba que poder devolver á aquellas buenas gentes. Me fué imposible hacerle admitir unas monedas en pago de su servicio; quizá el guarda se lo habría prohibido. En cuanto á él, no le he vuelto á ver, ni sé siquiera su nombre.

No es esto una verdadera aventura; pero ¿por qué me he de avergonzar de anotarla en este diario?

Día 12.

18. Ángulo para cuello.

El posadero me acaba de subir la comida, que tranquilamente se ha enfriado. Yo no tengo apetito; mi corazón late con desorden y mis oídos están fatigados de escuchar por tres largas horas la charla, que sólo podría compararla al ruido de un molino de agua, tolerables éstas al menos por la utilidad que reportan. Yo, que contaba entre mis satisfacciones de ayer no haber visto á la oficiosa *consoladora*!... Puede ser, pensaba yo, que ella haya comprendido que no deseo sus cuidados ni consejos. ¡Pobre de mí!... un no la conocía...

Esta mañana me encontraba ocupada en escribir mis cartas, cuando oigo sus pasos en la escalera, y súbitamente entró en mi cuarto á manera de tormenta.

—¡Qué! ¡Una correspondencia!... ¡Fatigados así, desgraciada!... Pero ¿no os he dicho que vuestros nervios tienen necesidad de reposo y distracción? Imprudente niña, ¿qué os habeis propuesto? ¡Vais ayer á paseo á Kuchelberg, y hoy os entregais á una larga escritura!... Justo es que yo llegue á tiempo de impedirlos ensayos de nuevo otro suicidio semejante. Arreglaos y venid conmigo, que os enseñaré cómo se curan aquí las enfermedades por medio del agua. Si sí, indudablemente llevais un régimen desordenado; tal vez esperarais no volverme á ver; mas yo no puedo dejar abandonada á sí misma á una joven soltera como vos. Preciso es que os sometais únicamente á mi dirección; conque venid conmigo, que deseo presentaros á mis amigas.



26. Espalda del vestido núm. 25. (Patron y explicación: pliegue del 18, por el derecho, núm. III, figs. 9 á 14 y núm. IV, figs. 15 á 20.)

Maquinalmente, y á pesar de mi mal humor, tomé mi sombrero disponiéndome á obedecerla. La *oficiosa señora* no dejó de hablarme, conduciéndome al jardín de invierno, que llaman así á una parte de Wasermaner, la más resguardada de los vientos por las altas murallas de una abadía, y en donde se encuentran algunos árboles entremezclados de rosales en flor. El paseo se encontraba muy concurrido; una música dejaba oír sus acordes, y la reunión de enfermos ocupaba los bancos. Hice lo posible por evadirme de la curiosidad que despertó en la reunión mi presencia; pero no pude menos de responder á las solícitas preguntas de todas aquellas personas para mi tan indiferentes. No vi una fisonomía que me fuera simpática, ni escuché una voz que me hiriese el corazón. Sólo sí me encontraba exasperada no sólo contra mi oficiosa perseguidora, sino que tambien contra todos mis semejantes. Había, entre otras, una mujer que por venir á buscar aquí una tranquilidad absoluta, se había separado de su marido y sus hijos. Y en mi

opinión, y sin embargo de los tristes pensamientos que debían, al parecer, preocuparla, no la impidieron examinar mis vestidos, á la sazón muy de moda, de alto á bajo; después se envolvió con aire desdenoso en su albornoz de cachemira, mientras yo me sentaba cerca de ella. Seguidamente me habló como si fuese una antigua amiga, metiéndose á relatarle las murmuraciones más punzantes y gratuitas que en toda reunión acostumbra á haber. Los hombres me parecieron todos los que ví figuras de cera, verdaderos autómatas como los que juegan por medio de un resorte en los relojes de música. Me sentí dichosa cuando la campana que llamaba á la mesa se dejó oír, librándome de reunión tan desagradable, y más que nada de mi protectora, que, según ella, después de comer me tenía que abandonar por reclamarla sus pobres enfermos. Apresuradamente me despedí de ella, porque me encontraba incapaz de hablarla y escucharla por más tiempo. ¡Bella cura hará en mí!... Parece que no tengo ni cuerpo ni alma.

Hoy 13.

He tomado un gran partido que me tiene en extremo contenta. Quiero gozar con toda independencia de mi libertad, y me defenderé con resolución.

Esta mañana temprano, y armada de un libro, fui á sentarme en el mismo sitio que ayer en el jardín de Waserman. He permanecido en él algunas horas sin saludar ni mirar á nadie. La *socorredora* oficiosa se acercó naturalmente á hacerme compañía; pero le dije que la conversacion me fatigaba mucho, y no debió serle muy agradable semejante acogida, pues sacudiendo su cabeza y frunciendo las cejas se alejó, dejándome tranquila. ¡Tanto mejor!... Voy á hacer todos los días lo mismo; esto me proporciona una satisfaccion íntima que fortifica mi espíritu.

Interin estuve sentada en medio de tanto importuno, silencioso y absorbida en mi lectura, mi corazón valiente y victorioso cantaba un himno de triunfo, si bien es verdad que la victoria me costó algunas pulsaciones más fuertes que las naturales; pero el valor y la energía, justo es que cuesten algo.

Día 23.

Hoy llegué con mi libro al jardín de invierno un poco tarde, por haber estado entretenida en escribir mi correspondencia. Todos los bancos estaban ocupados, excepto uno en que ví sentarse á un desconocido, joven muy pálido y triste, á quien he oído decir lleva todos los días su criado á sentarse á la plaza, lo más expuesto al sol, metidos sus pies en una preciosa bolsa de pieles. Las señoras podían haber hecho un lugar entre ellas á mi delgada persona, pues la crinolina tampoco podía molestarles; pero sólo ví fisonomías de piedra, miradas indiferentes y bocas desdenosas.

Me fui á sentar, sin dirigirle la menor palabra de atención, al lado del joven enfermo, dejando entre ambos espacio suficiente para colocar sin detrimento los vestidos de una condesa; después me entregué á la lectura de mi libro. Mi vecino, casi inmóvil, parecía absorto en su sufrimiento; de tiempo en tiempo se escapaban de su pecho profundos suspiros. Él debe ser rico, á juzgar por su traje elegante y la rica sortija que lleva en su dedo; sus facciones alteradas indican una tisis muy avanzada.

Yo hubiera querido distraerle comunicándole las reflexiones que me sugería mi lectura; pero esto no era conveniente á los ojos de la sociedad. Me abstuve, pero no sin maldecir en mi interior esta etiqueta absurda que comprime los mejores sentimientos.

Observé que al anotar no sé qué en su cuaderno se le cayó el lápiz á tierra; y como sus esfuerzos eran inútiles para cogerlo, lo hice yo y se lo alargué. Me dió gracias con aire algo asombrado; al mismo tiempo oí cuchichear á las señoras que estaban detrás de mí. Sin duda un ligero servicio rendido á un pobre inválido les pareció una inconveniencia.

Por ventura habré yo procedido como una pequeña aldeana; pero ¿qué importa? Yo no soy ni quiero ser otra cosa.

Cuando me levanté para marcharme del jardín, me saludó el joven enfermo muy políticamente. También él se había olvidado de las falsas sonrisas de las bellas señoras; pero no por ello perderé el apetito, aunque la sopa que me espera sea más amarilla que los delgados y blondos bucles de la señora *socorredora*...

(Se continuará.)

UNA HISTORIA TRISTE.

XI.

(Conclusion.)

Trascurrieron seis años.

El aforismo vulgar de que es el tiempo la mejor pana-

cea para curar males del alma fué para Alfredo una verdadera vulgaridad.

Continuaba amando á Magdalena con el delirante frenesí de los condenados del Dante.

Para atenuar en lo posible el indecible tormento que su amor le causaba, Alfredo se dedicó con ahínco al estudio y práctica de su profesion.

En muy poco tiempo hizo admirables curas, y su nombre se vió circundado de la aureola de gloria que le cabe al vencedor de esa árdua lucha entre la vida y la muerte.

Su amor por la ciencia no paró ahí. Vióse al frente del Hospital de Incurables de la calle de Amaniel, y allí sí que tuvo que sostener titánicos combates con esas enfermedades cuyo pronóstico seguro es la muerte. Algunas veces logró arrancarle á ésta su presa; pero esos triunfos no satisfacían su amor propio.

Pocos creían que el joven doctor que había llegado á ser una lumbrera de la ciencia tuviera á su vez el alma herida de muerte.

Un día que se encontraba en su despacho de director, le entregaron una papeleta de un ingreso que había tenido lugar aquella misma mañana.

Nunca acostumbraba á leerlas, y se las pasaba en seguida al administrador; pero aquel día se le ocurrió hacerlo. La papeleta decía:

"Magdalena Aranda, natural de Bilbao, de veintidos años, soltera, *tuberculosis pulmonar*."

La firmaba el médico de beneficencia municipal del distrito de Lavapiés.

Alfredo sintió en su corazón el frío de la muerte. Encontraba al fin á aquella Magdalena tan adorada y tan buscada, pero la encontraba para verla morir.

Hizo sonar un timbre, y un practicante se presentó en seguida.

—¿Dónde se ha colocado la enferma que ha entrado hoy?

—En el número 23.

—Pues trasladarla inmediatamente al departamento de distinguidas, la mejor cama que esté desocupada, y avisarme en seguida.

Las órdenes del director fueron cumplidas.

Alfredo se dirigió impaciente al lugar donde había mandado colocar á la enferma más querida de cuantas tenía en el hospital.

Apénas se acercó á la cama, Magdalena, que estaba en su pleno conocimiento, reparó en él, y juntando las manos exclamó medio alegre:

—¡Alfredo! ¡Bendita sea la Providencia que te trae por este sitio! ¡Así al menos no moriré sin recibir tu perdon!

—¿Quién habla aquí de morir?

—No me hago ilusiones. Mis días están contados.

Alfredo la miró detenidamente, y con gran pena tuvo que convenir para sí mismo que el pronóstico de Magdalena era desgraciadamente una verdad. Eatonces sintió doble pena, que se reflejó en sus ojos, y Magdalena, que lo vió, le dijo resignada:

—No te apures, Alfredo; para mí será una felicidad el morir en tus brazos. No podía esperar nunca tanta dicha. Pero ¿cómo has venido aquí?

—Soy el director de este hospital.

—¡Ah! sí; mejor; así no te separarás de mí ni un minuto mientras me quede vida. ¿No es verdad que lo harás así?

—Sí; pero no estás aún en el caso de morir.

—Gracias, gracias, Alfredo, gracias por todo. Tú siempre bueno, generoso, aún cuando sabes que he sido culpable, muy culpable; pero no he dejado de amarte, no he dejado de pensar en tí ni un sólo día.

—¿Eso verdad, Magdalena?

—Sí. Te lo juro por la salvacion de mi alma.

—¿Por qué no corrias, pues, á mis brazos, que te hubieran salvado y purificado?

—¿Por qué? Porque Petra se opuso siempre. Oye la historia de mis desventuras.

—Espera un momento; tu narracion será larga, y necesitarás tomar descanso y reparar tus fuerzas. Voy á mandar que traigan una bebida que no veo esté aún en la mesilla de tu cama.

Alfredo sacó su cartera y escribió una receta. Cinco minutos después una enfermera trajo una botella con un líquido amarillo, que entregó á Alfredo.

Éste dió de ella dos cucharadas á Magdalena, que pareció en seguida recobrar nueva vida; se sentó á los pies de la cama y se dispuso á oirla.

Magdalena se incorporó por completo sobre las almohadas, y empezó así su historia:

XII.

—Cuatro años hace que no nos hemos visto, y en ese tiempo no ha habido en Madrid una mujer más desgra-

ciada que yo, porque á pesar de todo, Alfredo, yo te amaba, y en ese sentimiento que espontáneamente nació en mi alma estaba concentrada toda mi felicidad, que no pudieron extinguir ni las engañadoras palabras de Petra, ni la vanidad de mujer al ver satisfechas las aspiraciones del lujo y la ostentacion, que es el licor venenoso que embriaga á la que debe á la naturaleza sólo los encantos exteriores. Tu amor, Alfredo, y la idea de pertenecerle algún día, era toda mi dicha; mi corazón no ambicionaba más. Pero Petra me decía sin cesar, convencida que estuvo de que era imposible que yo dejara de amarte, que sin mortificar tu amor propio y excitar tus celos no conseguiría nunca ser tu esposa; por eso me dejó galantear del baron, por eso acepté sus espléndidos regalos, empero imponiendo la condicion de que nunca sabrias tú que era él quien costeaba mi inusitado lujo. Aceptaron, pero yo tenía remordimientos por lo que hacía. El corazón me anunciaba grandes males, y mi conciencia me reprochaba sin cesar semejante proceder. ¡Pero tú, Alfredo, no has sido mujer; no sabes lo que es llevar ricos trajes diariamente, gastar trenes; no sabes que la vanidad satisfecha acalla por un momento el grito acusador de la conciencia! ¡Infeliz de la mujer que tiene á su lado un ángel malo, como yo tenía! ¡Compadéceme, Alfredo, compadéceme! He sido muy culpable, sí, pero mi principal falta está en no haber tenido valor para sacudir el ominoso yugo en que vivía; en no haber corrido á tí pidiéndote la salvacion y la vida. Consumado el primer hecho, Petra me decía que tú me maldecias y me despreciabas, que no querías saber nada de mí. Yo no podía dar crédito á sus palabras, pero no tuve nunca fuerza de voluntad bastante para ir á vencerme por mí misma de la verdad de sus afirmaciones. Seguí la senda sembrada de flores de las mujeres galantes, pero mi corazón brotaba sin cesar la sangre por las punzadoras espinas que me lo martirizaban. Los gozecs de la materia, como los de la vanidad, no lograron hacerme feliz, porque mi alma estaba cautiva en tu corazón y mi pensamiento llenaba completamente el tuyo. ¡Desdichada de mí! He sido madre y no he podido dar ni un beso á mis hijos. He amado con toda mi alma, porque tú, Alfredo, has sido mi primero y único amor, y no he podido pertenecerme como una mujer honrada y pura cae en los brazos del hombre que posee su corazón.

Un torrente de lágrimas se escapó de los hundidos, pero todavía bellos ojos de Magdalena. Alfredo también lloraba en silencio porque lo adivinaba todo.

La infeliz prosiguió su historia sin cesar de llorar. Contó cómo resistiendo á las sugestiones de Petra para que se entregara al baron, que decía la haría en seguida su esposa, un brava que la suministraron cierta noche, sumiéndola en profundo letargo, venció su resistencia. Cuando ella tuvo conciencia de lo que sucedía, la flor de su pureza había sido ya profanada. Desesperada intentó poner término á su vida; pero le anunciaron que era madre, y un nuevo orden de ideas se desarrolló en su exaltada imaginacion. Para que su hijo tuviera un nombre, se prestó á todo lo que Petra exigió de ella, prometiéndola, como sin cesar lo hacía, que sería la esposa del baron. Del mismo modo que éste consiguió su posesion, la logró el bolsista D. Remigio, porque Petra no quería otra cosa que especular con los hombres de dinero. La relacion de la pobre Magdalena no era otra cosa que un largo catálogo de infames ventas realizadas por aquella infernal mujer en perjuicio de una joven sencilla y buena, de la cual siempre había abusado. Alfredo lo escuchó todo, llorando de dolor y lívido de coraje. Magdalena le dijo que había sido dos veces madre, pero que le habían arrebatado á sus hijos en el momento de nacer. Concluyó invocando el perdon de Alfredo, que decía era lo único que le faltaba para morir tranquila.

—No, no, no morirás, gritaba Alfredo con los puños crispados; no morirás, ó moriré yo contigo. Ya he salvado á otros por amor á la ciencia sólo. ¡Qué no haré por tí, que, á pesar de todo, eres mi vida!

Y, efectivamente, Alfredo estudió mucho, hizo numerosos ensayos, y concluyó por adoptar un plan curativo que, al parecer, le daba excelentes resultados.

No salía del hospital ni de noche ni de día; pasaba todo el tiempo al lado de Magdalena, á cuyo cuidado tenía exclusivamente destinados una enfermera y un practicante.

Disputaba á la Parca cruel aquella adorada existencia. El mal parecía ceder á los incansables esfuerzos del médico y al cariño y solicitud del amante.

Dos meses pasaron así. Un día, una crisis imprevista la hizo retroceder todo lo que había adelantado. La muerte se presentó á incautarse de aquel trabajado cuerpo, más por las luchas morales que por la edad y los padecimientos físicos.

Los últimos momentos de la infeliz Magdalena fueron

plácidos y tranquilos como los que mueren en el Señor. Estaba completamente purificada por su sincero arrepentimiento y por su amor, ajeno del todo al impuro sentimiento de la naturaleza.

En el estertor de su agonía, en brazos de Alfredo, posó sus labios, marchitos ya por el soplo de la muerte, en los de su amante, y le besó diciendo:

—¡Para que mi alma viva en ti!...

Aquel beso fué el primero y el último que cambiaron los dos amantes.

No necesitamos entrar en más detalles para terminar esta triste historia de lágrimas y dolor, pálido boceto de esos cuadros que con frecuencia vemos en nuestra sociedad sin conmovernos. Algunas palabras añadiremos solamente.

El autor, de cuenta propia, quiso averiguar algo de Petra, y supo lo siguiente:

Esa perversa mujer ha sufrido al fin el castigo que sus maldades reclamaban. El usurero D. Homobono, su amante, merced a un ardido de astucia muy propio de gentes de su clase, se apoderó de todo el capital, y cuando lo tuvo asegurado riñó con ella, porque decía se avergonzaba de tratar a una mujer tan criminal.

Petra se quedó pobre y abandonada, y como no estaba en estado de hacer con quistas, tuvo que contentarse con aceptar relaciones con un tomador del dos.

Hubo más. Atacada de la horrible enfermedad que se llama cáncer, vivirá rabiando el tiempo que Dios le conceda para arrepentirse de sus muchas maldades.

Así es como suelen terminar todas las que siguen un camino semejante.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

EL CHINO EN MADRID.

Comenzamos la semana por recoger de casa de D. Tomás Isern, en la Carrera de San Jerónimo, unos levitas y frac que se le habían encargado, y los abrigos de señoras que al fin se han dispuesto. De la confección debo decir que Isern es el hombre de moda; las prendas que salen de su establecimiento, bien puede decirse que son obras maestras; y no lo son menos las del Sr. Sanchez Estellez, en la calle de Alcalá; las del Sr. Campuzano, en la calle del Príncipe, núm. 6; de D. Miguel Velasco, Arenal, 15; D. Juan Alvarez del Riego, número 18; D. Eustaquio Gonzalez, en el núm. 22; D. José Gonzalez, Escalinata, 8 y 10; D. Prudencio del Cerro; la de D. Diego Vazquez, Postigo de San Martín, 19, y Atocha, núm. 1; D. Antonio Alonso, Flor Baja, número 12; D. Camilo Agromayor, calle Mayor, 46; D. Nemesio Plaza, núm. 119, en la misma calle; D. Juan Perez, Hortaleza, 9; D. Antonio Vadillo, Montera, 39; señor de Utrilla, en la plaza de Santa Bárbara; D. Carlos Martínez, Fuencarral, 62; señor de Burgos, en la misma calle, núm. 8; D. Gil Hernandez, Leganitos, 35; D. Benito Romero, Preciados, 17; D. Victoriano Gutierrez, Santa Bárbara, 9; D. Juan Gomez, plaza del Angel, 11; Don Lino Gonzalez, Cruz, 14; D. Saturnino Deleyto, número, 18; D. Higinio Benito, en la misma calle, núm. 26; Don José María Fort, en el núm. 35; otros más: D. Patricio Lozano, calle de la Cabeza, núm. 8; D. Francisco Ábalos, Fúcar, 4; y los señores Carreño y compañía, en la del Príncipe, núm. 27, cuyas confecciones en el arte de sastretería son lo más elegante y perfecto.

Uno de estos días, no bien entramos en la Puerta del Sol cuando, oprimiéndome el brazo, dijo mi amigo, fijando sus ojos en una linda morena:

—¡Nin, nin!... acompañando a su voz signos de aprobación y no pocos gestos extraños.

Quiso decirme que le había gustado mucho una señorita acompañada de un caballero, que pasó por nuestro lado, por su natural donaire y gentileza.

—Vamos, querido, le interrumpí; ese corazón no debe pertenecer ni fijarse en otra alguna más que en la mujer que se ama y se desea por esposa.

—¡José!... exclamó con no poca afectación, queriendo demostrarme que su novia era su ídolo, su Dios, pero que admiraba la belleza y gracia de aquella, sin que esto fuera ofender a su prometida.

Pasamos la Puerta del Sol en medio del torbellino de infinitos transeúntes, y llegamos a casa del Sr. Girod, relojero, quien nos ha sorprendido grandemente con unos relojes de novedad para señoras y caballeros, que acaba de recibir: lo propio digo con respecto a D. Luis Losada; Sr. Ganter, en la calle de Sevilla, y Villanueva, en la del Príncipe, y Sr. Antonino, en la calle Mayor, número 43.

También tienen en estos comercios de relojería unas magníficas cajas de música, gustando mucho a mi amigo las piezas que tocan; quien en un momento de entusias-

mo, no ha podido menos de batir palmas llevando el compás de una habanera, tarareando:

—¡Chon... au, chon... au!... (1). Por cuya familiaridad nos ha dispensado el Sr. Villanueva agradable acogida, entreteniéndonos con no poco contento en examinar unas áncoras, cilindros y cronómetros que tiene, de sorprendente novedad, así como algunas máquinas y aparatos de astronomía.

Desgraciadamente mi amigo debe partir muy en breve, pues ha recibido una carta apremiante de su familia para que visite las provincias de España, deteniéndose en ellas sólo el tiempo necesario de estudiar sus costumbres y adelantos, y dé pronto la vuelta al Celeste Imperio, en donde le aguarda ya impaciente su bella prometida, que por su parte manifiesta no querer abandonar jamás el país en donde ha nacido.

Mi amigo, resuelto a complacerla en todo, ha renunciado a la compra de los terrenos medidos en lo alto de la Castellana, en donde pensaba edificar un palacio, y ha dispuesto su viaje.

Yo, con un poco de rencor hacia su prometida, que tan pronto me arrebató a mi amigo, dí a éste para que se lo entregue cuando la vea, en cambio de *La palomita de oro* que ella me remitió para las amables suscriptoras de EL CORREO, un cuentecito que quizás no sea de su agrado, pero yo me daré por satisfecho con tal que lo sea de mis simpáticas lectoras.

Hélo aquí:

LAS SEGUNDAS NUPCIAS.

Es muy antiguo el refrán que *el que no pasa por la calle de la Pasa, no se casa*.

Una semana llevaban Nicolasa y Blas en su estado matrimonial.

La primera, viuda de un intendente, y el segundo, solterito modelo, estudiante de medicina, fugitivo muchos años hacia de la casa de sus padres, y residente en esta corte, ignorándose la calle y casa donde habitara.

Ya al principio de la segunda semana, exclamaba de vez en cuando Doña Nicolasa:

—¡Ay! ¡otra cosa era mi difunto!...

Al joven Blas, tan amante de cafés, de teatros y de bailes, que, dicho sea de paso, tiempo hacía no asistía a nada de esto por la falta de metálico, le causaba no poco trabajo acompañar a su viudita, que contaba entonces cincuenta y ocho años, a la misa mayor los domingos, a las novenas ó al rosario los días ordinarios.

Así que, comprendiendo que la ocasión era propicia para volver a sus primitivos buenos tiempos, dejaba a su consorte en completa libertad de obrar según su costumbre, y con no pocos mimos y carantoñas pudo hacerse sin gran esfuerzo con una gran bolsa de cuero que Doña Nicolasa tenía muy guardadita y bien repleta de onzas de oro, ahorros hechos en tiempo de su difunto.

Dueño, pues, de aquel tesoro el joven Blas, bien pronto se fué mermando, y con él mermando también el cariño hacia Doña Nicolasa, porque en aquellos días adquirió Blas conocimiento con Matilde y Juana, a quienes tenía por sus más íntimas amigas, aunque contra la voluntad de Doña Nicolasa.

Al fin de la segunda semana aquel tesoro se acabó, y con él también se acabaron los mimos de Blas.

Así es que Doña Nicolasa estaba en áscuas clamando a cada paso contra su Blas, Matilde y Juana, y diciendo llorosa:

—¡Ay! ¡otra cosa era mi difunto!...

Los celos habían abierto en su corazón una herida profunda. Y entre mil suspiros y cavilaciones empezó por ver que su peluca, agujereada por todas partes, necesitaba una eficaz y pronta reparación; que sus moños había que sustituirlos, porque su forma era de tiempo inmemorial, como asimismo reponer los polvos, los aceites y esencias en su tocador, y que los vestidos de boda que le regalara su difunto intendente era preciso echarlos a diario.

De este modo creía Doña Nicolasa atraerse nuevamente el cariño de Blas, que tan entretenido se hallaba con Matilde y Juana, sus amigas, suspirando a cada instante:

—¡Si viviera mi difunto, otra cosa sería de mí!...

Blas no quería oír ó no oía estas quejas, sintiendo cada vez más una indiferencia hacia su consorte, a medida que veía el fondo de la bolsa, que iba ya, como vulgarmente se dice, de capa caída.

Sucedió, como no podía menos de suceder, que los cuartos se acabaron, y ya al primer día de la tercera semana de casados no había ni un real para chocolate.

Blas acudió a Juana y a Matilde; pero éstas vivían ahora en la calle del Sordo, núm. 000, y su desesperación llegó al colmo.

En esto se armó una marimorena entre ambos conyu-

(1) Ay... bue...no, bueno...

ges, que no quedó en la casa trasto que no rodara por el suelo; y el gato de Doña Nicolasa, tieso el rabo y las orejas gachas, no comía, devoraba la peluca de su ama, y los ratones, asomados a sus guaridas, roían sus moños, y sus vestidos hechos jirones limpiaban los suelos.

Doña Nicolasa, hecha un basilisco, esperaba el momento de agarrarse a las barbas de Blas y pedirle cuentas de su caudal; pero Blas no pareció.

Entonces una sospecha cruzó por la mente de Doña Nicolasa, y fué a un armario de su difunto, donde tenía sus secretos, y sacó de uno de sus cajoncitos unos papeles; los puso sobre una mesa, y temblando como una azogada leía y releía uno y otro. Por fin exclamó llena de ira, estrujando entre sus escualidos dedos uno de aquellos:

—¡Casada por lo civil!... ¡Infame!... ¡Me ha engañado ese pícaro, ese bribón!...

Y llorando a lágrima viva continuó:

—Bien decía mi difunto: "El que no pasa por la calle de la Pasa, no se casa."

Ya creía Doña Nicolasa que el matrimonio civil era un engaño, una farsa, una mentira; y resuelta a todo, espera a que llegue Blas y pedirle cuenta, no ya de su dinero, por lo malparada que había quedado, pero sí de su perfidia y sus engaños.

Pero Blas no fué aquel día ni al otro, y Doña Nicolasa, llena de dudas y de remordimientos, muere de susto y de rabia y de celos, sin un cuarto y sin los atavíos de boda que le regaló su difunto intendente, recordando lo que hoy está en su mayor fuerza y vigor: *que el que no pasa por la calle de la Pasa, no se casa*.

Conque así, solteritas y viudas, y solteritos y viudos, ni que paseis ni que os lleven a la casa de la calle de la Pasa, tened presente antes este otro refrán, no menos antiguo y no poco verdadero:

Antes de que te cases, mira bien lo que haces.

Por vía de despedida, hemos asistido estas últimas noches al Real, la Comedia, Zarzuela, Apolo y Novedades, en donde nos sorprendió Miss Leona Dare, que en cuanto a mujer es una hermosa, y en cuanto a artista es admirable. Recomendando a mis cariñosas lectoras se tomen la molestia, siquiera sea por un rato, de ir al Teatro de Novedades y ver el salto de la meseta al trapecio, y, entre otros, el descenso por la cuerda, que tantos aplausos merece del público.

Por fin llegó el fatal momento de la despedida, y ayer por la mañana, en el tren del Mediodía, dejé a mi buen amigo que parte para las provincias, y según telegrama que tengo a la vista, ha llegado ya sin novedad a Zaragoza, donde se detendrá unos días. Dice que le gusta mucho el trato franco y la bondad de las gentes de aquel país; esto ya me lo presumía yo, pues siempre mis paisanos han gustado a todo el mundo.

De Zaragoza pasará a Tarazona (mi país natal), distante unas 14 leguas; se lamenta de que no le acompañe, y yo a fe mía que lo siento, siquiera sea por besar el Pilar de la Virgen, visitar, entre otras cosas notables, la catedral de mi pueblo, que es una maravilla del arte arquitectónico, y apretar con entusiasmo la mano de algun pariente y amigo.

Dice también que me envía uno de sus criados para que recoja de casa de D. Agustín Ibarra, comercio de sedería y lana en la calle de Postas, núm. 35, unos magníficos pañuelos de abrigo que se le encargaron y no recogimos antes porque todavía no había recibido dicho señor de Ibarra, de las fábricas, dichas prendas. Dos cortes de vestido, uno de seda y otro de lana, del comercio de los señores Acero y compañía, de la calle de Espoz y Mina, núm. 6, tres sombreritos para niñas en el de *La Dalia blanca*, calle Ancha de San Bernardo, núm. 22; y últimamente, por unos cortinones al comercio de *La Mila-grosa*, de D. Simón Caballero, calle de Zaragoza, núm. 6.

Pero ya todo esto obra en mi poder, y espero su llegada para entregárselos, junto con unas madejitas de seda y lana que olvidó en el *Comercio de San Rafael*, en la calle del Carmen, núm. 19, de D. Francisco Fernandez, las cuales son para que su novia le borde unas zapatillas.

Y le deseo un feliz viaje.

Lleva el cariño que he podido granjearme con mis buenos y oficiosos deseos, y yo quedo con la grata satisfacción de haber tenido un amigo cuyo corazón tan franco, noble y generoso ha confiado al mío sus más íntimas impresiones.

¡Feliz la doncella que posee todo entero su corazón!

¡Feliz mi amigo, que le espera su amada!

Ambos viven con la sávia de la poesía.

Yo con la sávia de la prosa, esperando complacer con mis pobres producciones a mis bellas lectoras, de quienes queda admirador,

FRANCISCO GUERRERO GARCÍA.

BIBLIOGRAFÍA.

Grande es el movimiento literario que se observa este invierno: libros, folletos, revistas y periódicos aparecen continuamente a los ojos asombrados del público amante del progreso y de la gloria patria. En todas partes se celebran certámenes que sirven de estímulo a las jóvenes inteligencias, y el campo está abierto para que todos puedan coger a manos llenas los laureles que ambicionan.

Y no es solamente en España en donde se nota este afán de publicar; en Portugal se editan muchas y muy buenas obras.

Entre ellas señalaremos el excelente *Almanaque de señoras*, que bajo el patrocinio de la augusta reina Pia publica todos los años la ilustre escritora Doña Guiomar de Torrezao.

Es una obra acabadísima y de una utilidad indecible, en la cual figuran composiciones de nuestros mejores poetas al lado de las de sus hermanos los esclarecidos vates portugueses.

Este Almanaque, que pudiera llamarse único en su género, tanto por los numerosos datos que contiene, como por la sabrosísima lectura que ofrece, se halla de venta en casa de D. Nicolás Díaz Pérez, Manzana, 21; y al paso que recomendamos su adquisición a nuestras entendidas lectoras, enviamos los más lisonjeros plácemes a su discreta autora.

Necesitando mucho espacio para reserbar siquiera todos los libros publicados, y no disponiendo de él, nos limitaremos a tributar iguales plácemes a Don Abelardo Rosa, autor de *La Bella Jardinera*, *Apuntes para una novela*, precioso idilio admirablemente pensado, sentido y escrito.

Sírvelo de apéndice, y pudiéramos decir de bello coronamiento, un erudito juicio crítico debido a la galana pluma de D. Francisco Fernandez y Gonzalez, al que enviamos también nuestra cordialísima enhorabuena.

Entre las muchas revistas literarias que ven la luz, señalaremos a nuestras lectoras *La Ilustración infantil*, de cuya utilidad podrán juzgar por el siguiente sumario de su último número:

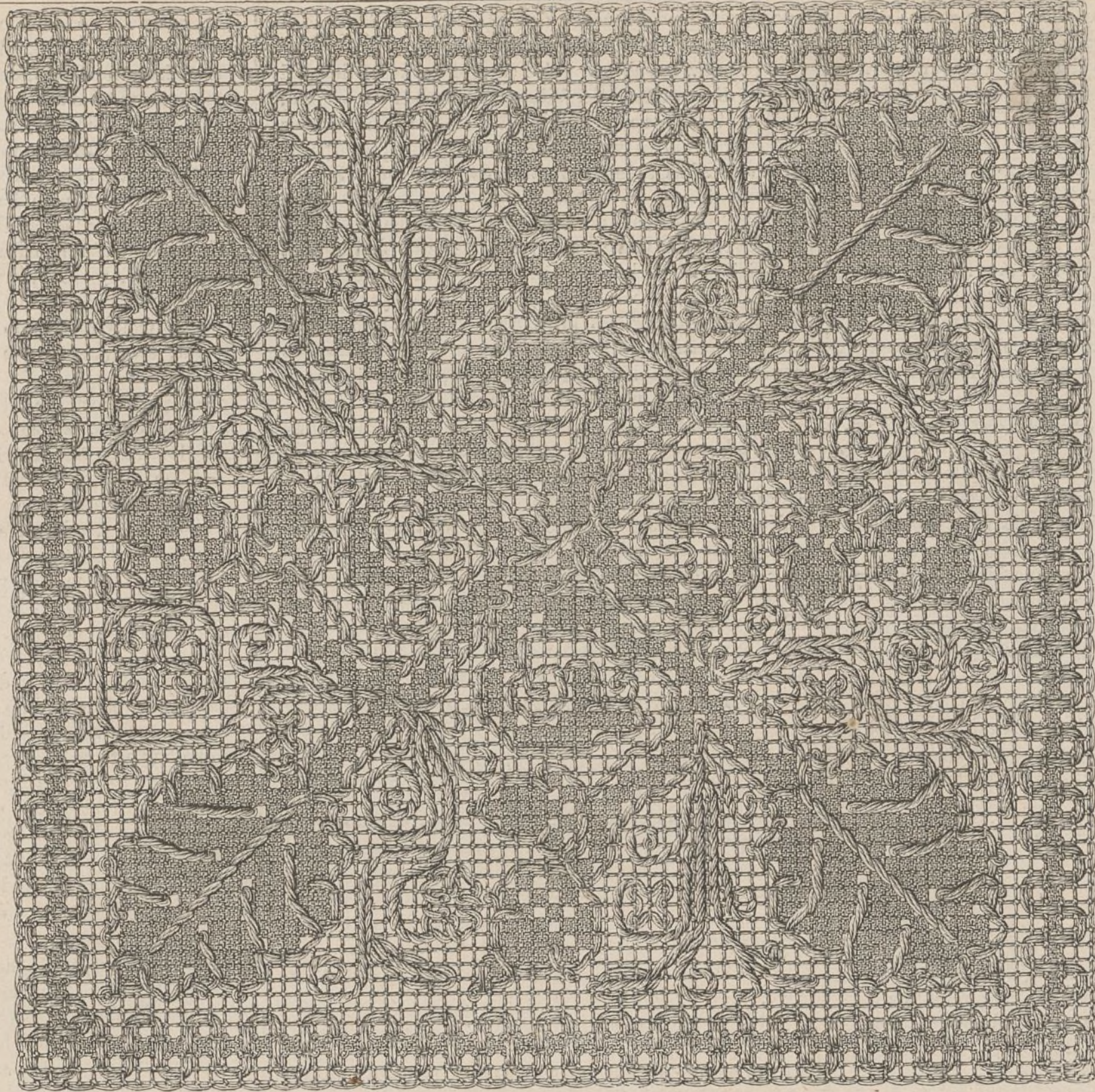
Grabados.—D. Narciso Serra. — Historia natural: El pavo real, faisán dorado, perdiz griega, loro. — La Muñeca. — Elementos de dibujo.

Texto. — A nuestros lectores. — Historia natural: Aves. — Rubens en casa de Velazquez, conclusion, por D. J. M. J. — Geografía de Puerto Rico, continuacion, por Don José Vitini y Alonso. — Poesía leída en el Teatro Español, por D. Carlos Luis de Cuenca. — La Muñeca, cuento para las niñas. — Conocimientos útiles. — Charada. — Entretenimientos. — Soluciones.

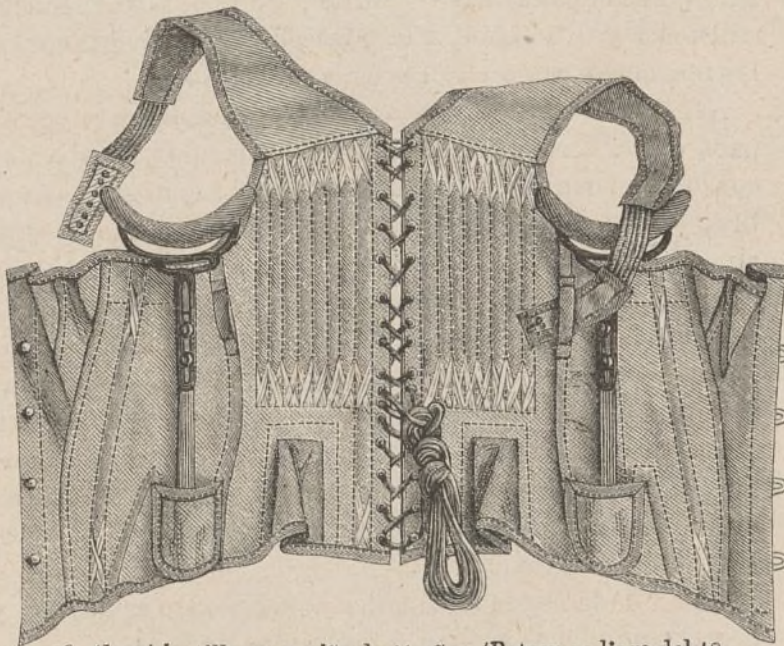
No es menos notable la revista científico-literaria titulada *El Eco*, de cuyo último número damos también a continuacion el sumario:

El nuevo libro de Víctor Hugo, por Nicolás Díaz y Pérez. — Horacio Mann, por Laboulaye. — A mi madre en su sepulcro, por Félix María Hidalgo. — La exposición antropológica de París, por Nicolás Díaz y Pérez. — El lago, por José María de Retes y Mayrani. — Miscelánea, por V. R. Q. — El certamen de la América-

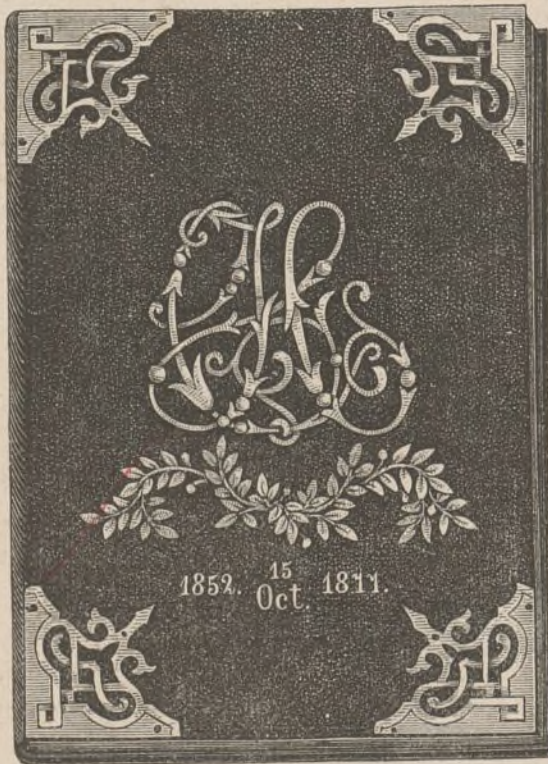
también se insertarán trabajos de los mejores autores. — **FÁBRICA DE CORSÉS DE MADAME GRAND.** Perfeccion y baratura. Espoz y Mina, 11, Madrid.



28. Cuadro de malla guipure (guipure antiguo.)



29. Corsé-justillo para niña de 11 años. (Patron: pliego del 18 por el revers, núm. XI, figs. 48 a 56.)



30. Cartera de escritorio bordada con plata. (Dibujo para el bordado: pliego del 18 por el revers, fig. 60.)

La acreditada revista madrileña *La Academia* ha inaugurado su segundo volumen con notables mejoras que han de aumentar el merecido crédito

de que ya goza, sin que altere los precios establecidos. *La Academia* se publicará en igual tamaño que las primeras *Ilustraciones de Europa*, compitiendo con ellas en el lujo de la impresion y el número de grabados. También publicará trabajos literarios y científicos de las primeras notabilidades de la Península; el Sr. Valera escribe una novela para inaugurar la sección americana, donde



32. Vestido con paletot figurado.



31. Vestido con plegados.

Central, por Nicolás Díaz y Pérez. — La calumnia (soneto), por Maximiliano Carrillo de Albornoz. — Crónica, por Enrique Pérez Dindurra. — Advertencia.

Suscribese a *La Ilustración infantil*, cuyo precio es 2 reales al mes en toda España, en casa de D. Nicolás Gonzalez, calle de Silva, número 12; y al *Eco*, que cuesta 12 reales el trimestre, en la calle de la Manzana, número 21, Madrid.

NICASIO PEREZ.

EXPLICACION

del figurin 1.287.

FIG. 1.ª—*Traje de desposada.*—El cuerpo, de forma princesa que se prolonga en manto-cola por atrás, es de faya, pudiendo igualmente ser de raso ó damasco. Los paños de delante son de louisine (tafetán ligero) cubiertos de muselina, tul ó gasa lisa plegada. Gruesa ruche doble escarolada también de muselina, tul ó gasa lisa, adorna el borde de la falda y del manto-cola. Este último lleva además un encaje blanco más ó menos rico, pudiendo hasta reducirse a un plissé muy menudito de tul ó muselina: un abultado lazo sin caídas recoge el manto a cada lado, sobre el cual serpentea una guirnalda de flores de azahar naturales. Cuerpo de escote cuadrado, mangas hasta el codo, pulseras y cruz de oro. Gran velo de tul de ilusión.

FIG. 2.ª—*Traje para madre ó hermana de la desposada.*—Es muy conveniente para dar empleo a los volantes de encaje que se posean. Así, por delante la falda va guarnecida con un volante de la tela plissé, y encima dos volantes de Chantilly; luego bullonados y ruches de la tela, y más arriba otro volante de encaje. Uno sólo de los dos volantes de Chantilly se continúa sobre los paños de atrás. Túnica fraca muy larga de atrás, circuida por un volante de encaje. Un lazo también de encaje sostiene graciosamente el drapeado, en donde se separan las dos puntas del fraca. Echarpe de encaje con solapas, anudado por delante. Sombrero corona. Cuello y mangas de encaje blanco.